



• CAPÍTULO 0 •

UN ANCIANO Y UNA
ESFERA DE COLOR
BLANCO

El anciano tomó asiento frente a la mesa redonda y se inclinó sobre lo único que había en ella: una esfera de color blanco, sostenida por una base de plata. La miró fijo, pero no pasó nada. El anciano suspiró: no era la primera vez que aquella cosa funcionaba mal, con intermitencias, y no mostraba lo que debía mostrar. Para matar el tiempo, se hizo una trenza con el pelo de su barba colorada. Luego se hizo otra trenza, esta vez con el pelo, también colorado, de su cabeza. Golpeteó la mesa con los dedos, pura impaciencia. Le dio unos golpecitos suaves, también, a la esfera, como si eso alguna vez le hubiera funcionado. Se puso de pie con brusquedad, se acercó al calentador a leña y en un pequeño jarro puso a hervir remolacha salvaje para hacer té. No tenía ganas de tomar té de remolacha salvaje, pero no soportaba quedarse sin hacer nada hasta que esa maldita cosa se decidiera a arrancar.

Cuando el té comenzó a hervir, el anciano percibió un destello. Se acercó nuevamente a la mesa y miró la esfera: cualquier otra persona no habría notado ninguna diferencia; en apariencia, la esfera seguía igual de blanca, igual de apagada. Pero él no era cualquier persona, y no tenía vergüenza de admitirlo. Sacó el jarro del fuego —tampoco sería la primera vez que ocurriera un incendio por distracción en esa casa—, dio al té por olvidado, y volvió a concentrarse en la esfera. Ahora

sí podía ver a la muchacha. ¿Qué hacía, dónde estaba? Claramente, no estaba en su casa. El anciano conocía de memoria la casa de la muchacha, pese a no haber estado nunca allí. Por eso sabía que no estaba en su hogar: el lugar que veía en la esfera era más aséptico, menos personal. Había una mesa rectangular y la joven hablaba con otra mujer, una que el anciano nunca había visto. La chica estaba fastidiosa, se le notaba. Fuese lo que fuese lo que aquella mujer le decía, ella no estaba de acuerdo.

La imagen comenzó a cortarse. Otra intermitencia. El anciano profirió un insulto y concluyó que era hora de cambiar ese cacharro inservible. Unos segundos más tarde clavó la mirada en un palo de madera que se encontraba apoyado en una pared, cerca de donde él estaba sentado. La mirada se le fue volviendo lejana, como la de quien se sumerge en una nube de ideas e imágenes que no puede controlar. Pensó en la celebración que se avecinaba y dijo, para sí mismo: “tengo que traer a esta muchacha a Tuldor, y tengo que hacerlo ya”.